

PEDRÍN.—¡Ma, qué cosa rara!... Cuando está cuntento le ina malva, ma cuando scenoca, ¡Cristu!

MARÍA.—(A *Pedrín*). Usted debía despedirlo o mandarlo pal pueblo. Y hoy mejor que mañana pa evitar una disgracia. (*Juan la mira asombrado*).

PEDRÍN.—Ma qué disgracia, si les ma bueno quel pan.

TORIBIO.—¡Cuidado! ¡Si lo echan es muy capaz de hacer una barbaridad! Anda con un finyingo que no te digo ninte! ¡Parece un asador!

JUAN.—¡Usted también le tiene miedo!

REMEDIOS.—(Irónica). Aquí el único que no le tiene miedo sois vos... Ya lo ei visto.

JUAN.—¡Qué quiere, doña Remedios, no todos han de ser guapos!

MARÍA.—(Aparte, a Remedios). ¡Por Dios, mama, cayesé!

REMEDIOS.—(Aparte). Sí, cayáte, vieja. (Alto, a *Pedrín*). ¡Quiere comer?

PEDRÍN.—Ma está claro... Vamus a comer tranquilo, que después seguro se viene. Ramón cume ina malva. (*Sale Remedios*). ¡Cuneco! Cierra la puerta e mete la barra cun lu clavo... Vamu... Cuan... (*Conejo entra y cierra la puerta*).

JUAN.—Ya vuelvo, voy hasta el rancho a buscar el poncho.

PEDRÍN.—Ma nu quiero pelea, ¿eh?

MAÍA.—¡No olvides que tei pedido por la Virgen!

JUAN.—¿Tenís mucho miedo de que me ayude la suerte si yegamos a trezarnos?

MARÍA.—¡No te entiendo, Juan!

JUAN.—Decí más bien que no querís entenderme, pero no será porque yo no ti hablau bien claro. Vos tenís miedo que yo lo mate a Ramón, si me obliga a peliarlo. ¿Por qué no confesás la verdad? (*Pausa*). Mirá, María, yo te quiero tanto... (*María se lleva el pañuelo a los ojos*) que soy capaz de dejarme matar para darte el gusto. No yorés, levantá la cabeza. Decíme tu voluntad pa cumplirla... Pero no me pidás que ti olvide, porque eso sería pior que la muerte.

MARÍA.—¡Para mí sería la muerte, si vos dejaras de quererme!

JUAN.—¿Qué decís?... ¿Es verdad?... ¡No, no he oído bien!

MARÍA.—Sí, Juan, has oído bien; pa mí no hay más gloria que tu cañño.

JUAN.—Pero, ¿entonces, por qué le das alas a Ramón?

MARÍA.—Porque tengo miedo, Juan.

JUAN.—Yo soy tan hombre como él; más qu'él...

MARÍA.—Eso sí. Más qu'él... Por eso tengo miedo. Pero no por la vida de ese desalmáu. Tengo miedo de perderte, Juan... Tengo miedo de verte en la cárcel. ¿Aura comprendés?

JUAN.—Sí, es verdad; ¡si lo mato me llevarán a la cárcel!

MARÍA.—¡Por eso te pido por la Virgen, que no lo busqués!

JUAN.—Mirá, vas a jurarme que me querís como yo te quiero.

MARÍA.—Te quiero pa siempre, Juan. Pa siempre. ¡Mi alma!

JUAN.—(Abrazándola). ¡Quedáte tranquila!... ¡Ya vuelvo!... (*Sale María. Juan se dirige hacia lateral derecha, en el momento en que entra Ramón*).

JUAN y RAMÓN

RAMÓN.—Me alegro encontrarlo solo, amigo. ¿Quiere que nos entendamos?

JUAN.—¡Yo no ando desentendido con usted!